

Sam no dijo nada; comprendió que iban al asunto.
—Realmente no puedo contenerme, — dijo la Cluppins, — cuando pienso en semejante traición; no lo digo por ofenderos joven, pero vuestro amo es un viejo brutal, y siento que no esté aquí para decirselo á él mismo.

—¡Ojalá estuviera! — dijo Sam.

—Es terrible ver como se consume la pobre, y no tiene gusto para nada, excepto cuando sus amigas vienen á consolarla, por caridad; ¡y vuestro amo que es hombre de dinero! no tiene excusa su conducta; ¿por qué no se casa con ella?

—¡Ah! — dijo Sam; — esta es la cuestión.

—¡Oh! si ella tuviera tanto valor como yo... — dijo mistress Cluppins con volubilidad; — de cualquier manera que sea, hay una ley para las mujeres, aunque los hombres quieran esclavizarnos; vuestro amo la pagará y no muy tarde.

—El asunto marcha, — pensó Sam, cuando mistress Bardell entraba con el recibo.

—He aquí el recibo, Mr. Weller, — dijo la amable viuda, — y aquí está la vuelta; espero que tomaréis alguna cosa para calentar el estómago, aunque no fuera sino por la antigua amistad.

Sam aceptó sin vacilar: en seguida mistress Bardell sacó de su armario una botella y un vaso.

—¿Supongo, — dijo mistress Bardell mientras Sam bebía, — que sabréis lo que pasa?

—Un poco, — respondió Sam.

—Es cosa terrible, Mr. Weller, hacer publicar estas cosas; pero no me quedaba otro remedio, y mi procurador Dodson y Fogg, me dice que hemos de ganar con los testigos que presentaremos; si no gano, no sé qué voy á hacer.

La sola idea de que mistress Bardell perdiera su pleito, afectó tan profundamente á mistress Sanders, que se vió obligada á llenar de vino un vaso y beberse-lo, sintiendo, como dijo después, que si no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu para hacerlo así se hubiera puesto mala.

—¿Cuándo pensáis ganar? — preguntó Sam.

—Por febrero ó marzo, — replicó mistress Bardell.

—¿Cuántos testigos habrá? — dijo mistress Cluppins.

—¡Ah! sí, — dijo mistress Sanders.

—Y si no gana, Dodson y Fogg se pondrán furiosos; porque hacen esto para especular, y á costa suya, — continuó mistress Cluppins.

—¡Ah, sí!

—Pero lo ganará, — añadió mistress Cluppins.

—Lo espero, — dijo mistress Bardell.

—No hay la menor duda, — replicó mistress Sanders.

—¡Pues bien! — dijo Sam levantándose y poniendo el vaso sobre la mesa, — todo lo que puedo deciros es que me alegro.

—¡Gracias, Mr. Weller! — exclamó mistress Bardell con fervor.

—Y en cuanto á ese Dodson y Fogg, que hace esas cosas por especulación, — continuó Sam, — y en cuanto á esos generosos individuos, que se ocupan en buscar pequeñas disputas entre los vecinos para convertirlas en proceso, lo que puedo deciros es que les deseo la recompensa que merecen y que tendrán.

—¡Ah! — exclamó mistress Bardell enternecida; — yo les deseo la recompensa que todos los corazones generosos y compasivos están dispuestos á darles.

—¡Amen! — respondió Sam; — buenas noches, señora.

Con gran contentamiento de mistress Sanders, la dueña de la casa permitió partir á Sam sin hacer ninguna alusión á las patatas y al queso; y poco después, con la cooperación juvenil que era de esperar en el chico, las tres damas hicieron amplia justicia á aquellos delicados manjares, que desaparecieron ante sus valerosos esfuerzos.

Sam, al llegar á la fonda de *El Buitre*, contó á su amo los indicios que había recogido de las intrigas de Dodson y Fogg, y su relato fué completamente confirmado al día siguiente por mister Pecker, con quien tuvo una entrevista nuestro filósofo. Preparóse para su visita á Dingley-Dell, con la agradable perspectiva de ser citado públicamente dos ó tres meses más tarde ante la primera instancia por violación de promesa de matrimonio; la pleiteante tenía todas las ventajas inherentes á la acción, á causa de la excesiva habilidad de Dodson y Fogg.

CAPITULO XXVII

Samuel Weller va en peregrinación á Dorking y ve á su madrastra

Como quedaba un intervalo de dos días antes de la época fijada para la partida de los pickwickianos á Din-

gley-Dell, Sam se puso á reflexionar sobre el mejor empleo que podía hacer de aquellos días; no hacía dos minutos que meditaba, cuando sintió nacer en su corazón un sentimiento filial y afectuoso: la necesidad de ir á ver á su padre y de visitar á su madrastra se presentó á su espíritu; impaciente por reparar sus pasados extravíos lo más pronto posible, se presentó ante mister Pickwick y le pidió permiso para realizar su propósito.

—Sí, Sam, — dijo el filósofo, cuyos ojos se llenaron de lágrimas de alegría, cuando vió aquella manifestación de los buenos sentimientos de su criado.

Sam inclinó la cabeza.

—Me agrada ver que comprendas tan bien tus deberes de hijo.

—Siempre los he comprendido así.

—Es una reflexión muy consoladora, — dijo mister Pickwick; — puedes ir allá cuando quieras.

—Gracias, señor.

Y vistiendo sus mejores vestidos, y haciendo su más bello saludo, Sam se encaramó en la imperial de la Alondra y se dirigió á Dorking.

La posada de *El Marqués de Gramby*, en tiempo de mistress Weller, podía servir de modelo á las mejores posadas; al lado opuesto del camino, una asta sostenía una gran muestra donde se veían representados la cabeza y los hombros de un caballero de tez apoplética; su traje rojo tenía vueltas azules, y algunas manchas de este mismo color, colocadas sobre sus hombros, indicaban el cielo, el conjunto ofrecía incontestablemente un retrato fiel del marqués de Gramby, de gloriosa memoria; las ventanas del piso bajo dejaban ver una colección de generaciones y una fila de botellas de vino; las ventanas verdes ostentaban en letras de oro grandes panegíricos de las buenas camas y los buenos vinos de la casa; en fin, el grupo de aldeanos y criados que andaban por las cuadras, decía mucho en favor de la buena calidad de la cerveza y del aguardiente que en el interior se vendían. Al bajar del coche, Sam se detuvo para examinar con los ojos de viajero experimentado todas aquellas pequeñas indicaciones de un comercio próspero, y cuando entró estaba grandemente satisfecho del resultado de sus observaciones.

—¿Qué hay? — dijo una voz agrisada cuando Sam se presentó á la puerta de la tienda; — ¿qué se os ofrece, joven?

Sam miró en la dirección de la voz; procedía de una dama de color encendido, confortablemente sentada junto á la chimenea y ocupada en soplar el fuego para calentar el agua del te; la dama no estaba sola, porque al

otro lado de la chimenea estaba sentado en un sillón un hombre, cuya espalda era tan larga y tan rígida como la del sillón mismo.

El individuo que atrajo la atención de Sam era alto y flaco, su rostro era encendido, su nariz roja; sus ojos malignos y muy vivos, tenían mucho de los de una serpiente de cascabel; llevaba un vestido negro con pantalón muy corto y medias de algodón negro; su ademán era rígido; pero no su corbata blanca, que colgaba toda estrujada de una manera no muy pintoresca sobre su chaleco abotonado hasta la barba; sobre una silla, al lado suyo, estaban colocados un par de guantes de castor, viejos y usados, un sombrero de anchas alas, un paraguas muy usado que mostraba una gran cantidad de ballenas, como para compensar la falta de puño.

El fuego chispeaba bajo la influencia del fuelle, y la tetera hervía; sobre la mesa estaba dispuesto todo el aparato del te; un plato de tostadas con manteca estaba junto al hogar, y el hombre de la nariz roja, armado con un gran tenedor, se ocupaba en empapar grandes rebanadas de pan en aquel agradable comestible; junto á él estaba un vaso de agua y de rom ardiente, en el cual nadaba un pedazo de limón; y cada vez que se bajaba para recoger del fuego las tostadas, se bebía unas gotas de grog y sonreía mirando á la dama que soplabá el fuego.

La contemplación de aquella escena absorbía de tal modo las facultades intelectuales de Sam, que no atendió á las primeras interrogaciones de la posadera, que se vió obligada á repetir las tres veces en tono cada vez más acre, antes que Sam comprendiera la consecuencia de su conducta.

—¿Está Mr. Weller? — preguntó al fin.

—No, no está — respondió mistress Weller, porque aquella dama no era otra que la ex viuda y la sola y única ejecutora testamentaria del difunto Clarke; — no, no está, ni lo espero tampoco.

—Supongo que está hoy de camino — dijo Sam.

—Tal vez sí, tal vez no — respondió mistress Weller, untando de manteca una tostada que el hombre de la nariz roja acababa de sacar del fuego; — no lo sé ni me importa saberlo. Decid un *benedicite*, mister Stiggins.

El hombre de la nariz roja hizo lo que le mandaban y devoró en seguida una tostada con una voracidad salvaje.

Su apariencia desde el primer golpe de vista había inducido á Sam á sospechar que era algún pastor protestante amigo de su madrastra; cuando le vió comer, se desvanecieron sus dudas y comprendió al mismo tiem-

po que si había de instalarse en aquella casa, era preciso que sin dilación se presentara; abrió la puerta del mostrador, entró con paso resuelto y dijo:

—Madrastra, ¿cómo estáis?

—¡Ah! creo que sois un Weller — exclamó la dama gruesa, mirando á Sam de una manera poco satisfactoria.

—Un poco, un poco — dijo el imperturbable Sam; —y espero que este reverendo señor me excusará si digo que quisiera ser el Weller que os posee.

Este era un cumplimiento á dos filos; insinuaba que la Weller era una mujer muy agradable, y al mismo tiempo que Mr. Stiggins tenía apariencia de eclesiástico. Efectivamente, produjo al instante un efecto visible, y Sam procedió inmediatamente á abrazar á su madrastra.

—¿Queréis estaros quieto? — exclamó mistress Weller rechazándole.

—¿Qué es eso, joven? — dijo el de la nariz roja.

—No hay que asustarse — contestó Sam; — pero tenéis razón; estas cosas están prohibidas cuando la madrastra es joven y guapa.

—¡Todo eso es vanidad! — observó Mr. Stiggins.

—¡Oh, es verdad! — dijo mistress Weller arreglándose el gorro.

Sam pensó lo mismo, pero calló.

El pastor no parecía satisfecho de la llegada de Sam; y cuando la primera efervescencia de los cumplimientos pasó, la Weller tomó una actitud que indicaba el poco gusto que le daba aquella visita. De cualquier manera que sea, Sam estaba allí, y como no era posible decentemente despedirle, se le convidó á sentarse y á tomar el te.

—¿Cómo está mi padre? — preguntó pocos instantes después.

Al oír esta pregunta, mistress Weller levantó las manos y clavó los ojos en el friso, como si fuera un asunto de conversación muy penoso para ella.

Mr. Stiggins dió un gemido.

—¿Qué tiene este caballero? — preguntó Sam.

—Está contrariado por ver la manera de conducirse de vuestro padre.

—¿Cómo es eso?

—Y con mucha razón — respondió la dama gravemente.

Mr. Stiggins tomó una nueva tostada y gimió de nuevo.

—¡Un vaso de perdición! — exclamó Mr. Stiggins, é hizo en su tostada un ancho segmento de círculo, y lanzó un gemido.

Sam sintió impulsos de administrar al reverendo personaje un pescozón, que permitiese á aquel santo gemir con más razón; pero reprimió aquel deseo, y preguntó sencillamente:

—¿El viejo hace de las suyas? ¿eh?

—¡Ah, sí! — replicó mistress Weller; — tiene un corazón de roca; todas las noches este excelente hombre... no frunzáis las cejas, Mr. Stiggins, sostengo que sois un excelente hombre... Todas las noches este excelente hombre pasa aquí horas enteras, sin que esto produzca el menor efecto en vuestro réprobo padre.

—¡Pues es chistoso! — dijo Sam; — pues á mí me haría un efecto prodigioso este señor, lo aseguro.

—Mi joven amigo — dijo solemnemente Mr. Stiggins, — el hecho es que tiene una conciencia endurecida; ¡oh! mi amigo; ¿quién, si no él, pudiera resistir á las insinuaciones de diez y seis de nuestras amables hermanas, y rehusar suscribirse á nuestra humilde sociedad para procurar á los niños negros de las Indias Occidentales chalecos de franela y pañuelos morales?

—¿Qué es eso de pañuelos morales? — preguntó Sam; —yo no he visto eso jamás.

—Es un pañuelo que combina la instrucción con el entretenimiento, mi joven amigo; donde se ven historias escogidas, ilustradas con grabados en madera.

—Bien, ya sé; he visto eso en los muestrarios de las tiendas, con trozos de verso y algo más.

Mr. Stiggins hizo un signo afirmativo y empezó la tercera tostada.

—¿Y no ha querido dejarse persuadir por esas damas?

—Se ha sentado — respondió mistress Weller, — ha encendido su pipa, y ha dicho que los niños negros eran... ¿qué dijo que eran los niños negros, Mr. Stiggins?

—Una farsa — suspiró el reverendo, profundamente afectado.

—¡Ha dicho que los niños negros eran una farsa! — repitió tristemente mistress Weller.

La dama y el reverendo comenzaron á gemir, lamentando la atroz conducta de Mr. Weller.

Otras muchas iniquidades de la misma especie podían haber sido contadas; pero todas las tostadas habían sido comidas; el te estaba agotado, y Sam no sentía grande inclinación á marcharse. Mr. Stiggins se acordó de que tenía una cita muy urgente con otro pastor, y se retiró.

Apenas había sido levantado el mantel, cuando el coche de Londres depositó á Mr. Weller en la puerta. Poco después sus piernas le depositaron en el comedor, y sus ojos le revelaron la presencia de su hijo.

—¡Ah! ¡ah! Sammy — exclamó el padre.
—¡Oh! viejo farsante — dijo el hijo, dándole un fuerte apretón de manos.

—¿Cómo has venido acá? — dijo el padre, — ¿y cómo has podido entenderte con tu madrastra?

—Chitón, que está en casa.

—No oye; está abajo riñendo con todos, como acostumbra; vamos á refrescar un poco.

Diciendo esto, Mr. Weller llenó dos vasos de ponche y arregló dos pipas. El padre y el hijo se sentaron el uno frente al otro, y empezaron á saborear el doble placer de la inesperada reunión, con toda la gravedad conveniente.

—¿Ha venido alguien, Sam? — preguntó lacónicamente Mr. Weller después de un largo silencio.

Sam hizo un signo de afirmación.

—¿Un tipo de nariz roja?

—¡Es hombre amable! — dijo Mr. Weller, fumando con precipitación.

—Lo parece.

—Y fuerte en cálculo.

—Es verdad.

—El lunes pide prestado diez y ocho peniques, el martes pide un shelling para completar la media corona, el viernes pide otra media corona para hacer cuenta redonda, y así va hasta que pesca cinco libras.

—¿Y vos no habéis querido suscribiros para los chalecos de franela? — preguntó Sam.

—No. ¿De qué les sirven á esos negrillos los chalecos de franela? Mira, Sam, yo me suscribiría con gusto, si se tratara de ofrecer camisas de fuerza á ciertas personas que yo conozco.

Habiendo emitido esta opinión, Mr. Weller guiñó el ojo con expresión de astucia.

—¡Graciosa idea es querer enviar pañuelos á personas que no saben usarlos! — dijo Sam.

No había acabado Sam de hablar, cuando una voz displicente se sintió en el corredor.

He aquí á tu querida madrastra, Sammy — dijo Mr. Weller á su hijo.

En el mismo instante entró mistress Weller con aire oficioso.

—¿Ya estáis aquí? — exclamó.

—Sí, querida — dijo Mr. Weller, llenando de nuevo su pipa.

—¿Ha vuelto Mr. Stiggins?

—No, querida — respondió Mr. Weller, encendiendo ingeniosamente su pipa por medio de un carbón que tomó con las pinzas; — y lo que es peor, yo tendré mucho gusto en que no vuelva á poner los pies aquí.

—¡Réprobo! — exclamó mistress Weller.

—¡Gracias, amor mío! — dijo el esposo.

—Vamos, padre, basta de caricias delante de un extraño. He aquí el reverendo que vuelve.

Al oír esto, la Weller enjugó precipitadamente las lágrimas que se había visto obligada á derramar, y mistress Weller arrastró su sillón junto á la chimenea.

Mr. Stiggins no se hizo de rogar para tomar un vaso de ponche; después aceptó el segundo, después el tercero, y concluyó por aceptar también una parte de la cena; estaba sentado junto á Weller, padre, y cuando éste suponía que su mujer no podía verle, indicaba á su hijo las emociones íntimas de su alma, sacudiendo el puño por encima de la cabeza del pastor protestante. Esta broma proporcionaba á Sam una satisfacción, tanto más grande, cuanto que Mr. Stiggins continuaba sorbiendo su ponche con una feliz ignorancia de aquella animada pantomima.

La conversación fué sostenida por mistress Weller y Mr. Stiggins, y los principales temas que se desenvolvieron, fueron las virtudes del sacerdote, los méritos de su rebaño y los crímenes horribles, los detestables pecados del resto de la humanidad.

Por fin, Mr. Stiggins, que había envasado todo el ponche que su cuerpo le permitía, tomó su sombrero y pidió permiso para retirarse; inmediatamente después, Sam fué llevado por su padre á una alcoba donde pasar la noche. Se preparaba ya á dirigirle algunas observaciones, cuando sintió subir á su mujer, y cambiando de intención le dió bruscamente las buenas noches.

Al día siguiente se levantó Sam muy temprano; habiendo almorzado aprisa, se dispuso á volver á Londres, y ya salía de la casa, cuando su padre se presentó á él.

—¿Te vas, Sam?

—Al momento.

—Quisiera verte escarmentar á ese Stiggins.

—¿De veras? — respondió Sam en tono de reprehensión; — me avergüenzo de teneros por autor, viejo capón. ¿Por qué le permitís mostrar su nariz de tomate en *El marqués de Gramby*?

Mr. Weller miró seriamente á su hijo, y respondió:

—Porque soy casado, Sammy, porque soy casado; cuando te cases, Sammy, comprenderás muchas cosas que ahora no comprendes; es cuestión de gusto. Por mi parte estoy dispuesto á responder.

—Adiós — dijo Sam.

—Adiós, Sammy, adiós.

—Sólo tengo una cosa que deciros — dijo Sam, deteniéndose; — si yo fuese el propietario de *El marqués*

de *Gramby*, y este animal de *Stiggins* viniese á hacer tostadas en mi casa, yo...

—¿Qué harías? — interrumpió *Mr. Weller* con mucha ansiedad.

—Le envenenaría el ponche.

—¡Bah! — exclamó *Mr. Weller*, dando á su hijo un fuerte apretón de manos; — ¿harías eso realmente, *Sammy*? ¿lo harías?

—Bajo palabra de honor; al principio no me mostraría muy cruel con él; empezaría por zambullirle en la fuente, poniendo la tapadera encima, para impedir que se constipara; pero si veía que no conseguía nada por los medios suaves, emplearía otro medio de persuasión.

Mr. Weller lanzó á su hijo una mirada de admiración inexplicable, y estrechándole de nuevo la mano, se alejó revolviendo en su espíritu las numerosas reflexiones que aquel consejo le sugería.

Sam le siguió con la vista hasta la vuelta del camino, y se dirigió en seguida á Londres. Meditó primero en las consecuencias probables de su consejo, y la inverosimilitud que había en que su padre lo pusiera en práctica. Pero ahuyentó toda clase de inquietud de su espíritu, reflexionando que con el tiempo sabría el resultado; es una ventaja que tendrá el lector lo mismo que él.

CAPITULO XXVIII

Un alegre capítulo de Navidad, que contiene la descripción de una boda y algunos otros pensamientos que son en su género tan buenos como el matrimonio, aunque no se sostienen tan religiosamente en este siglo degenerado.

Tan diligentes como abejas y casi tan ligeros como mariposas, los cuatro *pickwickianos* se reunieron en la mañana del 22 de diciembre. La Navidad se acercaba rápidamente con toda su alegre y cordial hospitalidad; el año viejo se preparaba á reunir en torno suyo sus

amigos y á morir dulce y tranquilamente en medio de los festines; era una época de regocijo, y entre los numerosos mortales que participaban de él, no eran los menos notables nuestros cuatro héroes.

Numerosos son los mortales á quien Navidad trae un corto intervalo de alegría y felicidad; ¡cuántas familias dispersas por intereses, por las luchas incesantes de la vida, se reúnen entonces en aquel feliz estado de familiaridad y de amor mútuo, que es origen de tan puras delicias, dulce y pacífica comunión de espíritus, que parece tan incompatible con los azares de la vida, tan por encima de los placeres de este mundo, que las naciones más civilizadas como las más salvajes, hacen de ella la fiesta más gozosa y popular!

Escribimos estas líneas á muchas leguas de los felicísimos sitios donde durante muchos años hemos visto la noche de Navidad, su círculo amistoso y alegre; la mayor parte de los corazones que palpitaban entonces, han cesado de latir; las manos que estrechábamos con amor se han helado; los rostros queridos que nos contemplaban, se han descarnado; las miradas que nos buscaban han perdido su brillo; y sin embargo, la vieja casa, las bromas, las risas, las voces alegres, las circunstancias más insignificantes de aquellas reuniones, se presentan á nuestro espíritu todas las Navidades.

¡Feliz el día que da al viejo las ilusiones de su juventud y que transporta al marino, al viajero apartado á muchos miles de leguas, á los sitios tranquilos de la casa paterna!

Mr. Pickwick y sus amigos acaban de llegar al coche de *Muggleton* cuidadosamente envueltos en sus chalinas y gabanes; las maletas son acomodadas en su sitio, y *Sam* se esfuerza en colocar dentro del arca del coche un inmenso bacalao, cuidadosamente empaquetado en un cesto lleno de paja, donde hay ya media docena de barriles de ostras, pertenecientes, lo mismo que el bacalao, á *Mr. Pickwick*.

La fisonomía de éste revela la mayor satisfacción, mientras él y el cochero se empeñan en empaquetar el bacalao en el arca, aunque el pez era tres veces mayor que el receptáculo.

Una vez empaquetado, *Mr. Pickwick* da un shelling al cochero, suplicándole que beba á su salud un vaso de ponche. El cochero y *Sam* desaparecen por un momento; al volver, el cochero sube á su punto, *Sam* se encarama detrás, los *pickwickianos* se tapan la nariz con sus chalinas y entran en el vehículo; los mozos de la cuadra quitan las mantas á los caballos, el cochero grita «en marcha!» y parten á escape.

Han circulado al través de las calles y han salido por